

LA IDEA SOBRE HISPANOAMÉRICA EN EL ATENEO DE MÉXICO (1920-1935)

RAÚL TREJO VILLALOBOS
Universidad Autónoma de Chiapas
Facultad de Humanidades C-VI
raul.trejo@gmail.com
Chiapas-México

RESUMEN: Se presenta en este trabajo la idea que se forjaron los “cuatro grandes” del Ateneo de México sobre Hispanoamérica, durante su época de madurez. Destacamos, asimismo, las diferencias entre los ateneístas y parte del contexto de la época.

PALABRAS CLAVE: *Generación; Etapa de madurez; Ateneo de México; Hispanoamérica.*

THE IDEA ABOUT LATIN AMERICA IN THE MEXICAN ATHENAEUM (1920-1935)

ABSTRACT: This paper presents the idea about Latin America, devised for “the big four” of the Mexican Athenaeum, during its time of maturity. It also emphasizes the differences between the *ateneístas* and part of the context of the time

KEYWORDS: *Generation; Stage of maturity; Mexican Athenaeum; Latin America.*

Presentación

En 1910 integrantes del *Ateneo de la Juventud*, grupo conformado por escritores, artistas e intelectuales, representaron un cambio significativo en la cultura, al combatir y desterrar el positivismo como ideología dominante; a su vez, impartieron una serie de conferencias con temas hispanoamericanos, concretamente en éstas hablaron sobre las siguientes personalidades: Sor Juana Inés de la Cruz (poetiza mexicana), Fernández de Lizardi (escritor y novelista mexicano), Gabino Barreda (filósofo y educador mexicano), José Rodó (escritor uruguayo), Manuel José Othón (poeta mexicano) y Eugenio M. Hostos (filósofo y moralista puertorriqueño). Meses después, dicha agrupación cambió su nombre por el de *Ateneo de México*. Al pasar de los años, de todos

Recibido: 10 de septiembre de 2015 • Aceptado: 15 de octubre de 2015.

sus integrantes, sobresalieron el filósofo Antonio Caso, el literato y humanista Pedro Henríquez Ureña, el también humanista Alfonso Reyes y el filósofo y político José Vasconcelos: denominados los cuatro grandes del *Ateneo de México*. Nacidos todos ellos entre 1875 y 1890, en los años que van de 1920 a 1935, al decir de Luis González y González, los miembros del Ateneo vivieron su etapa de madurez. Influenciados por José Rodó, la cuestión hispanoamericana no quedó como mera ocurrencia juvenil. Antes al contrario, desarrollaron una serie de investigaciones e ideas sobre ésta. Tomando en cuenta este período (1920-1935), lo que nos proponemos en el presente escrito consiste en exponer, de la manera más breve y esquemáticamente posible, la idea que los “cuatro grandes” se forjaron sobre Hispanoamérica durante esa etapa de madurez. Posteriormente, solamente agregamos algunos comentarios.

La idea sobre Hispanoamérica

ANTONIO CASO:

En 1922, Antonio Caso publicó su libro *Discursos a la nación mexicana* y sostuvo una polémica con un viejo positivista: Francisco Bulnes, sobre el porvenir de América Latina. De hecho, cabe precisar que el primer apartado del libro, “La cultura latina y nuestra América”, es un discurso que el filósofo mexicano pronunció en Río de Janeiro, en 1921, con motivo de una visita oficial como representante del gobierno mexicano y es por el que Bulnes abrió la polémica.

Dos son las ideas que nos interesa destacar de éste: primero, que “los destinos de la civilización humana (...), sólo han de realizarse en el mundo merced a la colaboración de América” (Caso, 1976: 5); y, segundo, que “nuestra América es resumen glorioso de los tres grandes elementos de la cultura latina: el Renacimiento italiano, el Descubrimiento hispánico y la Revolución Francesa.” En pocas palabras, dice: “Somos el fruto de la más original y audaz síntesis histórica” (Ibíd.: 6).

De los artículos restantes del libro, nos interesan por el momento los que llevan por título “El genio español” y “El Descubrimiento de América”. La idea central del primero de éstos, es la caracterización y la distinción entre el genio español y el genio francés; y, la del segundo, es el nacimiento de la “raza nueva, nuestra raza hispanoamericana” (Ibíd.: 8), no sin dejar de reconocer la catástrofe que fue para la cultura indígena la Conquista y sin dejar de invitar a que “sepamos cumplir nuestro destino en la tierra y en la historia, frente al gran pueblo sajón de Allende el Bravo” (Ibíd.: 20).

La polémica sobre el porvenir de América Latina, entre Caso y Bulnes, que tuvo lugar entre abril y mayo de 1922, es una muestra latente entre las distintas concepciones que tenían sobre Hispanoamérica los positivistas y la nueva generación. En términos generales, para los primeros, Hispanoamérica representa un conjunto de pueblos inferiores tanto por las características de los indígenas (la cultura del maíz),

como por la ascendencia española –y más aún latina– y por el mestizaje, frente a la raza “pura” sajona. “Puntualmente –dice Bulnes– la América española representa hoy el más lamentable fracaso de la civilización latina, especialmente en México” (Caso, 1971: 110).

Para la nueva generación, en la línea de José Enrique Rodó, Hispanoamérica debe ser reconocida, revalorada en sus orígenes y en su historia cultural; y, lo que es más, debe ser reconocida en sus caracteres espirituales (éticos y estéticos) y potenciarlos frente al materialismo sajón, particularmente, al materialismo y maquinismo de los Estados Unidos y la decadencia de Europa. En este sentido, Hispanoamérica representa, en pocas palabras, la oportunidad de la utopía.

En “La patria mexicana y la raza hispanoamericana”, de 1925, Antonio Caso, plantea que, ante los problemas de naciones y razas que dejó la primera guerra mundial en Europa, los mexicanos no podemos olvidar que una sola raza constituye a los pueblos hispanoamericanos: la latina. “Nos parece muy plausible el entusiasmo que se advierte por todas partes, en América y España, hacia la consecución del ideal de la raza hispanoamericana. Nada más natural; nada más noble; pero debemos no olvidar los mexicanos que la patria es primero que la raza, como la raza es primero que la humanidad” (Ibíd.: 242).

A manera de complemento, sólo cabe señalar que las otras partes de *Discursos a la nación mexicana* están dedicados a estudiar las ideologías en Hispanoamérica a través de la historia, a saber: el catolicismo, el jacobinismo y el positivismo; algunos problemas de nuestra cultura, como, por ejemplo, la democracia y la imitación extralógica (denominado bovarismo nacional); la educación, en tanto que arte de filósofos; y, por último, pero no menos importante, algunos trazos de su sistema filosófico, *la existencia como economía, como desinterés y como caridad*, en el apartado “Nuestra misión humana”.

Dos años después de haber publicado *Discursos a la nación mexicana*, en 1924, editó *El problema de México y la ideología nacional*. En éste, lo que él denomina “el problema de México”, nosotros lo ampliamos a Hispanoamérica. Dice: “El último episodio de la imitación de las ideologías sociales y políticas de Europa a nuestro ambiente nacional, es el socialismo, el bolcheviquismo”. Y más adelante, subraya: “¡Todavía no resolvemos el problema que nos legó España con la conquista; aun no resolvemos tampoco la cuestión de la democracia, y ya está sobre el tapete de la discusión histórica el socialismo en su forma más aguda y apremiante!” (Caso, 1976: 71).

En síntesis, Antonio Caso ve, por un lado, a Hispanoamérica como lo mejor de un resultado de acontecimientos históricos tales como el Renacimiento, el Descubrimiento y la Revolución Francesa; mientras que, por otro, expone algunas características negativas o problemas de nuestra cultura tales como la falta de democracia y la importación y la imitación de las ideologías, asuntos a los que tiene que encontrarle alguna solución.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA:

Los trabajos sobre las artes, la cultura y el pensamiento hispanoamericano de Pedro Henríquez Ureña son abundantes. Sin embargo, para nuestra exposición, consideramos solamente cinco, a saber: “La utopía de América” (1922), “Patria de la justicia” (1925), “Raza y cultura” (1933), “Vida espiritual en Hispanoamérica” (1937), “La América española y su originalidad” (1936).

En el primero de éstos, Ureña habla de lo que se ha estado haciendo en México en los últimos dos años (de 1920 a 1922) y cómo lo que se está realizando tiene una orientación nacionalista pero que tiende a la utopía, la hispanidad y la universalidad. Dice:

Pero al hablar de México como país de cultura autóctona, no pretendo aislarlo de América: creo que, en mayor o menor grado, toda nuestra América tiene parecidos caracteres, aunque no toda ella alcance la riqueza de las tradiciones mexicanas. Cuatro siglos de vida hispánica han dado a nuestra América rasgos que la distinguen (...) La unidad de su historia, la unidad de propósito en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una magna patria, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más (Henríquez, 1978: 5).

En el segundo texto, Henríquez Ureña señala, entre otras cosas, que la primera utopía que se realizó en América fue Estados Unidos, mediante la libertad democrática; pero que tal utopía duró solo un poco porque la materia terminó devorando al espíritu. Desde este punto de vista, considera que la América hispánica está llamada a ser la tierra de un nuevo ideal de justicia: “si la magna patria ha de unirse, deberá unirse para la justicia” (Ibíd.: 11).

En el tercero, a propósito de la celebración del *Día de la Raza*, Ureña establece una diferencia importante entre la noción de raza y la de cultura. Por principio de cuentas considera que antes que *Día de la Raza*, éste debería ser el día de la cultura hispánica porque “lo que une y unifica a esta raza, no real sino ideal, es la comunidad de cultura, determinada de modo principal por la comunidad de idioma” (Ibíd.: 13). Posteriormente, habla sobre España, la Conquista, la Colonia y el mestizaje. Como una clara crítica a las teorías de las razas puras, dice:

...nunca se incubó en España ninguna doctrina de superioridad de razas, ni de climas, como las que en nuestra era científica corren, miméticamente disfrazadas de ciencia, como reptiles verdes entre hojas nuevas o insectos pardos entre hojas secas. La amplitud humana del español necesitaba completarse con la amplitud intelectual para crear la imagen depurada del tipo hispánico. A eso aspiran, desde su nacimiento, las repúblicas hispánicas de América. A eso tiende, en el siglo XX, la España nueva (Ibíd.: 17).

En el cuarto y el quinto ensayo, Ureña hace un recorrido histórico de Hispanoamérica desde el punto de vista de la política, las artes (arquitectura, pintura, música, danza), la literatura, la ciencia y la filosofía. Concretamente, con respecto al arte, dice:

En la época colonial hubo gran actividad en la edificación pública y religiosa. Como lo ha dicho Sacheverell Sitwell, el escritor y arquitecto inglés, más de nueve mil iglesias de México tienen valor desde el punto de vista artístico. Nuestros orígenes arquitectónicos son muy curiosos: existen formas medievales al mismo tiempo que modernas (...) La pintura, por su parte, ya no tiene la demanda del arte religioso; se limita a una forma familiar: el retrato (...) En cuanto literatura, desde la época colonial, ha sido muy abundante en la América Latina. En aquella época se escribían muchos versos, mucha literatura religiosa y muchas historias; se componían también obras teatrales, y en ciudades como México y Lima, tenía el arte dramático un puesto importante (Ibíd.: 20 y 21).

Con respecto a la filosofía y la ciencia, destaca:

Primeramente, hemos adoptado las doctrinas en vigor en España, de un carácter ante todo escolástico. En el siglo XVIII se hizo sentir entre nosotros la influencia del racionalismo francés e inglés. En el XIX nos enrolamos en el romanticismo, y luego en el positivismo. Actualmente, el pensamiento filosófico, en América, es libre: todas las tendencias están representadas. El rasgo más saliente de nuestro movimiento filosófico es que se inclina no sólo a la investigación teórica sino a la especulación moral (...) Actualmente, tenemos pensadores originales, como por ejemplo José Vasconcelos con su teoría de lacto desinteresado; Antonio Caso con la de la vida como economía, como desinterés y como caridad (Ibíd.: 23).

Como podrá advertirse, hasta aquí, Pedro Henríquez Ureña, como Antonio Caso, ve en Hispanoamérica no una cultura como el resultado de una serie de acontecimientos históricos sino también como el lugar donde la humanidad cumplirá su destino, como en la que se realizarán algunos ideales, tales como el de justicia. Al igual que Caso, también hace una revisión histórica de su pensamiento, pero de una manera más amplia; es decir, de su espíritu, en tanto que contempla, además de la filosofía, otros aspectos de la cultura. Ahora bien, a esto que Ureña le llama espíritu, como veremos más adelante, Alfonso Reyes le llamará inteligencia; por otro lado, como también veremos más adelante, tanto Alfonso Reyes como José Vasconcelos ahondarán en las nociones de raza y de mestizaje, así como en la cuestión de la herencia latina de nuestra cultura.

ALFONSO REYES:

Alfonso Reyes, el menor de los ateneístas, también tiene lo suyo en torno a las cosas de Hispanoamérica. Algunos ensayos en los que trata el asunto, al azar, son: "Discurso por Virgilio" (1932), "En el día americano" (1932), "Capricho de América" (1932), "Notas sobre la inteligencia americana" (1936), "El sentido de América" (1937), "Utopías de América" (1938), "Posición de América" (1942) y "Presagio de América" (1943).

En el último ensayo, "Presagio de América", Alfonso Reyes sostiene que América, desde antes de ser descubierta, fue imaginada y estuvo presente en el pensamiento

europeo como ausencia: “América, puede decirse sin violencia, fue querida y descubierta (casi “inventada”) como campo de operaciones para el desborde de los altos ímpetus quiméricos” (Reyes, 1960: 60).

En “Discurso por Virgilio”, Reyes plantea la herencia latina de nuestros pueblos en los siguientes términos:

Nuestras aguas son latinas. De aquí partimos. Desde aquí esperamos. Aquí será el centro de todas nuestras exploraciones. Éste es el punto de referencia. Aquí clavamos la bandera, para no perdernos en vagabundeos incoherentes. El espíritu latino ha dado ya sus pruebas al mundo y ha demostrado sus resistencias como continente de culturas. Sirva una vez más, y sométase ahora, en nuestra América, a la experiencia definitiva: tal es la fórmula, a la vez tan amplia y tan modesta, que desde el principio vengo buscando (Ibíd.:174).

Por último, otros dos ensayos, por el momento: “Capricho de América” y “Notas sobre la inteligencia americana”. En el primero Alfonso Reyes apela a la imaginación, “la loca de la casa”, para referir, “la historia del mundo en tres minutos”. Empieza Reyes su historia con la “masa solar” y la fragmentación de la misma a partir de la cual un fragmento es la tierra. Enseguida refiere la unidad de tierra y agua y la fragmentación de los mismos. “Imaginemos todavía –dice–. Soñemos, para mejor entender la realidad. Soñemos que un día nuestra América constituyó, a su vez, una gran comunidad humana, cuyas vinculaciones salvarán mágicamente la inmensidad de los territorios, las murallas de montañas, la cerrazón de los bosques impracticables” (Ibíd.: 76).

Posteriormente, relata que tal unidad se perdió cuando los europeos apenas se asomaron al Continente. Pero que todavía “la historia hace un nuevo intento de reunificación, atando, ya que no a una sola, a dos razas europeas toda esta padecería de naciones americanas”. Como todo tiende a bastarse a sí mismo, resulta entonces que las dos grandes familias se emancipan: “En sus proclamas de guerra se dirigen siempre a los americanos, de un modo general y sin distinción de pueblos, y cada uno de ellos se imagina que lucha por todo el Continente. Naturalmente, este fenómeno sólo es apreciable en los países hispanoamericanos, únicos para los cuales tiene sentido” (Ibíd.: 77).

En síntesis, nos dice, en las etapas que se han recorrido, lo que se puede ver es que lo que ha prevalecido es la fragmentación y más fragmentación; pero que al mismo tiempo, aunque la imaginación nos diga que una unidad primitiva nunca ha existido: el hombre ha soñado siempre con ella. Y termina:

Así pues –y aquí volvemos a la realidad profunda de los mitos con que he comenzado estas palabras–, hay que concebir la esperanza humana en figuras de la antigua fábula de Osiris: nuestra esperanza está destrozada, y anda poco a poco juntando sus *disjecti membra* para reconstruirse algún día. Soñamos, como si nos acordáramos de ella, en una América coherente, armoniosa, donde cada uno de los fragmentos, triángulos y trapecios encaje, sin frotamiento ni violencia, en el hueco de los demás. Como en el juego

de dados de los niños, cada uno de éste en su sitio tendremos la verdadera imagen de América (Ibíd.: 77 y 78).

¿Existe en algún lugar esta imagen de América?, se pregunta. Y se responde: sí, en nuestros corazones y por ella trabajamos... y con esto llegamos a la idea de América.

En el segundo ensayo, Reyes limita sus comentarios a América Latina. También justifica no hablar de civilización (en la que tendría que hablar de los pueblos precolombinos) ni de cultura (en la que tendría que hablar de una rama de la cultura europea trasplantada a América). “En cambio –señala- podemos hablar de la inteligencia americana, su visión de la vida y su acción en la vida. Esto nos permitirá definir, aunque sea provisionalmente, el matiz de América” (Ibíd.: 82).

Enseguida comenta que nuestro drama tiene un escenario, un coro y un personaje. El escenario, más que un espacio, es un tiempo, “en el sentido musical de la palabra”, un compás, un ritmo: en el que lo que se destaca es haber llegado tarde al banquete de la civilización europea y en improvisarlo todo (desde la Conquista hasta principios del siglo XX). El coro corresponde a las poblaciones americanas: “La gama admite todos los tonos. La laboriosa entraña de América va poco a poco mezclando esta sustancia heterogénea, y hoy por hoy, existe ya una humanidad americana característica, existe un espíritu americano” (Ibíd.: 83).

Así, la inteligencia, que es el actor o el personaje, va operando sobre disyuntivas: entre españoles recién venidos y los hijos de los españoles nacidos en esta tierra; entre hispanistas y americanistas, a los pocos días de la Independencia; entre Europa y los Estados Unidos, ya avanzada la vida independiente.

Profundizando en la cuestión de la improvisación, advierte Reyes más adelante otra disyuntiva: las ventajas y las desventajas de ser menos especializado a diferencia de Europa. “Esta nueva disyuntiva de ventajas y desventajas admite también una síntesis, un equilibrio que se resuelve en una peculiar manera de entender el trabajo intelectual como servicio público y como deber civilizador” (Ibíd.: 86).

En este sentido, si Europa está muy especializada, llegará un momento en que necesite de la inteligencia americana, con las ventajas antes señaladas. Ciertamente, reconoce que una generación anterior vivió con algo de pesimismo en los términos de sentirse en una cárcel de varias fatalidades concéntricas: Ser humano, ser moderno, ser americano y ser hispano-americano: “nombre que se ata con guioncito como con cadena”. Y, sin embargo, a pesar de eso, la inteligencia americana es otra: internacionalista, pacifista, utopista. De esta manera, dice Reyes: “Nuestra América debe vivir como si se preparase siempre a realizar el sueño que su descubrimiento provocó entre los pensadores de Europa: el sueño de la utopía, de la república feliz” (Ibíd.: 87).

Termina Reyes asumiendo una especie de alegato jurídico y dice: “Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación y de igualdad. Y ahora digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocemos

el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros.” (Ibíd.: 90).

He aquí, pues, una cuestión nueva, un aspecto que no habían presentado Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña: el de enfrentar, por decirlo de alguna manera, a Europa y reclamar cierto derecho a la universalidad; a no ver a América como a la hermana menor de la humanidad, a no tener que justificar o pedir permiso para su existencia.

JOSÉ VASCONCELOS:

Entre 1920 y 1924, Vasconcelos estuvo al frente de la Universidad y de la Secretaría de Educación Pública. De este tiempo datan una serie de discursos, cartas, conferencias y artículos en los que ya expresa sus ideas en torno a Hispanoamérica. Entre 1925 y 1934, publica sus principales libros sobre el tema, a saber: “La raza cósmica” (1925), “Indología: una interpretación de la cultura iberoamericana” (1926), “Aspects of mexican civilization” (1926) y “Bolivarismo y Monroísmo” (1934).

Las ideas centrales de los dos primeros textos son las mismas. De hecho, mientras que el primero es una especie de breviario espiritual, el segundo es una ampliación del primero. En términos generales, contra la idea y la teoría de que las razas puras son superiores y son las mejores, Vasconcelos plantea el mestizaje. Contra la idea de que el desarrollo de las razas nórdicas, principalmente, el desarrollo tecnológico, se debe en gran medida a las condiciones del contexto natural, Vasconcelos plantea la idea del desarrollo cultural en zonas tropicales. Contra la idea comtiana de que la historia es una sucesión de tres estados: el teológico, el metafísico y el positivo, Vasconcelos plantea la suya propia, invirtiéndola en otros tres estados: el material, el intelectual y el estético. Contra la idea de la modernidad protestante, nuestro filósofo plantea la recuperación del sentido universalista del catolicismo. En fin, contra los ideales sajones y el imperialismo norteamericano, Vasconcelos plantea los ideales y la utopía de los latinos y los iberoamericanos.

Así, pues, en los tres temas que aborda en “La Raza cósmica”, Vasconcelos toca y refiere cuestiones históricas, en primer lugar; en segundo, las condiciones del medio físico; y, por último, la ley de los tres estados. Lo que destaca de la primera parte, por un lado, consiste en considerar a los míticos atlantes como el origen de las cuatro razas; y, a su vez, al mestizaje como factor del florecimiento cultural de los hindúes, los egipcios y los griegos.

La otra cuestión que destaca, en esta primera parte, es la historia moderna, a partir de la Conquista y la Colonia, y la misión de las dos razas europeas en el Continente Americano: la sajona y la latina. A propósito de que los sajones se han caracterizado por sus políticas segregacionistas, por su protestantismo; los latinos, por su parte, se han caracterizado por sus políticas asimilacionistas y católicas; Vasconcelos considera a nuestra época y a nuestro continente como en pugna entre los mismos, sin dejar de considerar acontecimientos relativamente recientes.

Como una idea de la segunda parte, la de las condiciones del medio físico, en un tono especulativo, en momentos apocalíptico, Vasconcelos plantea que la quinta raza, la mestiza, se desarrollará entre los latinos y en el trópico americano y, al mismo tiempo, que la relación entre ésta y el desarrollo de la ciencia puede beneficiar o perjudicar a la humanidad, según qué idea y quiénes dominen el mundo.

Ahora bien, según Vasconcelos, actualmente vivimos en la etapa intelectualista o la época de la razón y estamos próximos, según el ideal que postula, según la utopía, a una tercera, la estética. Este es el asunto del tercer apartado de “La Raza cósmica”, mismo que viene ampliado en “Indología”.

De aquí que pasemos a este último texto. Los temas, son los siguientes: “El asunto”, “La tierra” (en el que amplía, considerablemente, al hablar de la arquitectura con la que cuentan los países hispanoamericanos, frente a la poca o nula de los estadounidenses: el barroco y el estilo churrigueresco); “El hombre” (en el que habla de los mestizajes en la historia; pero, en particular, el de América: que es el primero en brusco y en grande); “El pensamiento” (en el que hace un recuento desde las ideas de carácter mitológico de los prehispánicos, pasando por la escolástica de la época de la Colonia, el romanticismo y liberalismo del siglo XIX, hasta llegar al positivismo de sus antecesores y el pensamiento metafísico y estético que él representa); “La educación” (en el que, después de un breve repaso histórico, refiere ampliamente la obra hecha por él en la Secretaría de educación); “El conflicto” (la pugna de la que ya se habló líneas arriba) y “El ideal”.

En la parte de “El ideal”, es en el que Vasconcelos amplía su idea de los tres estados y los convierte en cinco, si bien tienen que considerarse como subperíodos algunos de éstos dentro de los otros. Los períodos o estados ahora son: el del soldado, el del abogado, el del economista, el del ingeniero y el del filósofo. “En teoría –dice– cada período va condenando, va matando el principio que sirve de base al período precedente; pero, en realidad, las normas de cada época se mezclan y perduran en equilibrios confusos que son la principal causa de la lentitud de nuestro progreso” (Vasconcelos, 1926: 211).

La característica del primer período, al decir de Vasconcelos, es la guerra, el aseguramiento material de la existencia; la características de los restantes, es cierto orden social mediante las leyes tanto para la convivencia como para el reparto de las riquezas. Con relación al periodo del ingeniero, además de considerarlo como el antecedente del período del filósofo, dice de éste: “En realidad este será el período del gran florecimiento de la América Latina porque ninguna región del mundo contiene los tesoros que guarda nuestro suelo. Y es fácil imaginar el éxito de una humanidad industrializada, pero que ya no trabaja para el enriquecimiento de una minoría, sino para acrecentar la producción en beneficio de todas las gentes” (Ibíd.: 215).

La característica del período del filósofo, es el florecimiento y la plenitud de una nueva cultura: una especie de la República platónica o una Ciudad de Dios agustiniana.

¿Una utopía? Sí, diría Vasconcelos: ese es el motor de esta época y ha sido siempre el motor de toda civilización. El sentido y la finalidad última, sin embargo, no es quedarse en ese estado, sino la trascendencia. Recordemos que desde poco antes de los años veinte, Vasconcelos plantea la idea en la que humanidad es sólo un puente: su desaparición es inevitable, como parte del sistema monista. En este sentido, comenta, en un primer momento:

Así entiendo ese período estético que vendría después de la consumación, de todos los fines particulares, para enseñarnos la ley del propósito definitivo. El secreto del hombre que dominó su envoltura y asimiló su planeta, pero no para disolverse en él, sino para convertirse en el soplo de un nuevo ciclo, ya por encima de la civilización y de la vida misma (Ibíd.: 227).

Y, posteriormente, recalca:

El ciclo trascendente. El ciclo que han anunciado todas las religiones. El ciclo que no podrá consumarse mientras el alma individual no haya triunfado en su empeño de contagiar de la divina armonía a todas las almas fraternas, mientras el alma individual y todas las almas fraternas no hayan legado el suyo con el mensaje que palpita también en todo esto que llamamos materia. No más dualismos, sino monismos de las sustancias, los corazones y la espiritualidad: he ahí la única fuerza que podrá levantarnos del polvo (Ibíd.: 227).

Para llegar a la trascendencia, sin embargo, no solamente es necesario llegar a la época o al ciclo estético de la cultura. Es necesario, sobre todo, una campaña educativa intensa: una “educación que acreciente el período de nuestra naturaleza”. Y, además, una disciplina: “que atienda al cuerpo y al alma” (Ibíd.: 223). Para que este tipo de educación se pueda dar, es necesario, por un lado, seguir indagando en el estudio de las características de nuestra cultura y, en segundo lugar, en contraponer el modelo de Odiseo al de Robinson.

Por su parte, en “Aspects of Mexican Civilization” trata los siguientes temas: las similitudes y los contrastes entre los sajones y los latinos (en el que el tratamiento a los Estados Unidos no es tan polémico como en otros textos); la democracia en América Latina (en el que hace la crítica a las dictaduras de Hispanoamérica, el vicio del cesarismo entre los latinos); el problema racial en Latinoamérica (en el que alude las políticas segregacionistas de los norteamericanos, y asimilacionistas de los hispanoamericanos).

En “Bolivarismo y monroísmo”, plantea los siguientes tópicos: “Hispanoamericanismo y Panamericanismo, Apuntes para una sociología iberoamericana” (donde define lo que es la sociología con relación a la filosofía y algunos aspectos sobre la geografía americana, las zonas de la cultura, la población, la política, la economía y la distinción entre civilización y cultura); “La cultura en Hispanoamérica” (en el que discute las ideas de Friedrich Ratzel en torno a la relación de la geograffa

con el desarrollo de la población); “Hispanoamérica frente a los nacionalismos agresivos de Europa y Estados Unidos” (en el que se centra a hacer un diagnóstico de la política internacional, la relación de ésta con la economía mundial, además de plantear como un peligro para Hispanoamérica el desarrollo del capitalismo y el comunismo, el fascismo y el nazismo); “La Revolución mexicana” y “Consideraciones diversas” (donde habla, además de otros temas, sobre algunos acontecimientos en la política Hispanoamérica del momento, como el del levantamiento armado de Sandino en Nicaragua y el problemas entre Perú, Colombia, Bolivia y Brasil por los límites de la región de Leticia entre éstos países).

Para terminar, sólo cabe señalar que el papel que tuvo José Vasconcelos en la Secretaria de Educación, estuvo bastante marcado por algunas ideas aquí ya anotadas. Por ejemplo, dividió dicha Secretaria en los Departamentos de Escuelas, Bibliotecas y Bellas Artes. Esto tiene una relación directa con la teoría de los tres de la historia y la cultura; y, además, con su sistema filosófico: la metafísica, desde un punto de vista intelectualista, la ética y la estética (en la que desarrolla las perspectivas artísticas de la existencia en apolínea, dionisíaca y mística). Asimismo, es importante resaltar que esto es sólo una parte de su obra en la que los ateneístas tuvieron como respuesta al llamado de Rodó en el “Ariel”, en cuanto estudiar el pasado, revalorarlo, conocerlo y reconocerlo y, en la medida de lo posible, trazar algún horizonte, el ideal, la utopía, conforme a las características propias de nuestra raza, de nuestro pensamiento, de nuestra cultura.

Comentarios

Un primer comentario sobre lo que hemos expuesto, consiste en resaltar la similitud y la semejanza de las ideas sobre Hispanoamérica, a pesar de las diferencias de carácter y de aficiones entre los “cuatro grandes”; más allá de las diferencias personales, familiares y políticas. En este sentido, cabe señalar que, después haber colaborado con Vasconcelos, en la Secretaria de Educación desde 1922, Antonio Caso y Henríquez Ureña tuvieron algunas diferencias que los alejaron de Vasconcelos en buena parte de los años aludidos. De hecho, Ureña pasó los últimos años de su vida en Argentina, continuando con sus lecciones, formando a la juventud de ese entonces.

Un segundo comentario, se refiere al periodo de los años: 1920-1935. Lejos de verificar las edades de los ateneístas, lo que queremos resaltar es que no solamente se trata del período de madurez de los miembros de esta generación, sino que también esta época se refiere a los años entre guerras, en Europa y, al mismo tiempo, a parte de un primer momento de la consolidación del imperio estadounidense.

A propósito de que en los últimos años han aparecido estudios semejantes a este pero que solamente consideran a los ateneístas por separado y en los que, algunas veces, Vasconcelos aparece como racista; por lo tanto, lo que pretendemos con esta

investigación preliminar, es contribuir un tanto a la comprensión de una idea sobre nosotros mismos que impregnó a buena parte de una generación y no solamente a una persona o cualquiera de los que aquí presentamos. En este sentido, claro que es importante profundizar los estudios para hacer patentes algunas diferencias, pero sin dejar de lado la perspectiva generacional.

Un último comentario consiste en la posibilidad o necesidad de hacer una revaloración o crítica, particularmente, a la idea de América como utopía o de lo que ellos esperaron o pensaron pudo haber sucedido, pero mirando el contexto de nuestro presente. Es decir: con tres cuartas partes del siglo XX de por medio, ¿América, Hispanoamérica, sigue siendo un lugar de promesa, de posibilidad para la utopía? ¿Qué se piensa, actualmente, sobre la herencia española e indígena que nos constituyen, sobre el mestizaje tanto cultural como racial? ¿Hasta dónde los hispanoamericanos sentimos una unidad o una filiación cultural entre los distintos países de habla hispana? ¿Qué pensamos sobre el desarrollo tecnológico y material y su relación con la vida del espíritu o con esa idea algo ambiguo de las condiciones dignas de vida?

Estas son, a nuestro parecer, algunas de las cuestiones a las que podrían enfocarse la filosofía entre nosotros. O, al menos, en nuestro sentir, hacer el intento.

BIBLIOGRAFÍA

- CASO, A. (1971). *Obras Completas*. Tomo I. *Polémicas*. (Prólogo de Juan Hernández Luna) México: UNAM.
- CASO, A. (1976). *Obras Completas*, Tomo IX. *Discursos a la nación mexicana. El problema de México y la ideología nacional. Nuevos Discursos a la mexicana. México: Apuntamientos de cultura patria*. (Prólogo de Leopoldo Zea). México: UNAM.
- HENRÍQUEZ UREÑA, P. (1978). *La utopía de América*. (Prólogo: R. Gutiérrez Girardot. Comp. y cronología: Ángel Rama y R. Gutiérrez Girardot). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- REYES, A. (1960). *Obras Completas*. Tomo XI. Última tula. *Tentativas y orientaciones*. México: FCE.
- VASCONCELOS, J. (1925). *La raza cósmica: Misión de la raza iberoamericana. Notas de viaje a la América del sur*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- VASCONCELOS, J. (1926a). *Aspects of Mexican Civilization (Lectures on the Harris Foundation, 1926), con la participación de Manuel Gamio*. Chicago: The University of Chicago Press.
- VASCONCELOS, J. (1926b). *Indología: una interpretación de la cultura iberoamericana*. París: Agencia Mundial de Librería.
- VASCONCELOS, J. (1934). *Bolivarismo y monroísmo: temas iberoamericanos*. Santiago de Chile: Editorial Ercilla.